

# El Género del Ensayo en la Historia

Alfonso Gamarra Durana

El fundamento de la investigación de la Historia radica en el estudio de los escritos que los conglomerados humanos archivan. ¿Pero cómo habrían documentos de las obras colectivas si no se los hubiera escrito en tiempo presente y por los propios actores, que obraron anotando su peculiar proceder? Se piensa erradamente que el rastrear en los sucesos de la actualidad es nada más que una información que derivará en un trabajo periódico de acercamiento al público. Pero en este mismo no se puede hacer una labor intelectual para seleccionar los motivos que puedan extenderse a días posteriores. La suerte de la noticia del presente está librada a su propio valor y repercusión. Los hechos que se puedan anotar, que acreditan documentación, pueden mantenerse silentemente en el recuerdo, para revivir mucho después si hay otra noticia relacionada. De esa manera, con acontecimientos vividos, los testigos pueden escribir en el presente la historia que se leerá en el futuro.

Es cierto que lo memorable se conservará, lo vacío desaparecerá; el hecho influyente y decisivo, por su misma esencia, ganará episodios en años venideros, haciéndose necesaria su recopilación y su investigación. Como el mundo histórico es imprevisible y cambiante, nadie puede enunciar la dinamización de lo inerte o la fatalidad tajante de un hecho pues éste no observa leyes y su propagación puede obedecer a las casualidades.

Se tiene que colegir que el suceder humano está formado por cuadros movibles, que son comunes a todos los humanos, pero cuando pasan de ciertos límites racionales, se presentan como fenómenos incongruentes y extraordinarios. Se los reconoce como actitudes normales pero si intervienen circunstancias nuevas se agitan aquellos cuadros producidos en el presente o en el pasado. La intensidad de tales experiencias son sucesos dramáticos de la humanidad. Reemplazar la racionalidad de los acontecimientos por cambios simples del sentido, adjudicándoles una especie de presagio, excluiría la participación real del hombre como actor multifacético y con sus ideas propias. En la práctica se ha visto que individuos, acciones o pueblos insignificantes del ayer cobraron importancia en las centurias posteriores.

La relación de esos acontecimientos, a manera de anécdotas, no es el fin intelectual sino entender la razón de su aparición, entrever las consecuencias en la vida de las naciones, la dirección y meta de éstas o de personas a consecuencia de esos sucesos. Es necesario hacer cursar un expediente de similitudes, oposiciones deductivas, para analizar el significado de los acaeceres y sus resultados en el comportamiento de las sociedades.

Las figuras resultantes no podrán cambiar, porque la historia es progresiva. Su conocimiento servirá, sin embargo, para que haya avances, no retrocesos. Se puede decir que hay vaivenes cronológicos, pero la dirección definida lleva a un progreso evidente, si es que el hombre es el actor, porque siendo enérgico y determinado vislumbra nuevos horizontes, su constitución física lo impulsa a caminar, su elaboración intelectual lo acucia a hallar teorías y doctrinas incógnitas, por lo tanto no puede ser su existencia un ancla.

Por otro lado, las configuraciones geográficas pertrechan al suceso histórico con materiales que organizan su misma naturaleza, que atraen al humano y, con éste, a los intereses de otros semejantes que buscan aquellos materiales para su beneficio, y, aunque no se crea, para destruir al prójimo y quitarle su lugar en la explotación del medio.

El vínculo de los hospitales de Oruro con la historia se parcela cuando se quiere adoptar una sucesión cronológica de su existencia, y este impedimento para su estudio nos confirma las afirmaciones de los párrafos anteriores. Cuando el acontecimiento no pudo asentarse en los

legajos de los conquistadores porque ellos se encontraban de paso por una región, la Historia perdió el dato que serviría para el futuro. Más tarde, si bien se conocían las disposiciones de la Corona, no terminaron de materializarse los sucesos por la falta de testigos presenciales o de construcciones que aseveraran su existencia.

Todo esto más que saber, se intuye. Falta el testimonio de un escrito irrefragable. Yes que en 1535 cuatrocientos españoles y otros tantos indios, que les sirven de portadores, atraviesan el altiplano. Llegan al territorio de los carangas y fundan con afectación la localidad de Paria. Piensan que así ya demuestran su dominio sobre probables yacimientos de plata. Días después siguen su marcha que acabará al llegar a la bahía de Valparaíso. Muchos de ellos retornan después de un tiempo y se sorprenden de encontrar un caserío numeroso, con españoles queriendo rescatar el mineral argentífero, y entre ellos los curas dominicos que levantaron un galpón que no se sabe si es un depósito de gente enferma, o solamente un lugar de aislamiento de ésta para evitar la propagación a los iberos, valientes pero no resistentes a las enfermedades. Alguien no deja letras para el documento sino para hablar de un hospital sin confirmación.

Mucho más tarde, Lorenzo de Aldana, servidor afortunado del Rey, recibe una encomienda, un legado de una extensión inconcebible que toma las provincias de Paria y Toledo y llega hasta Tapacari y Capinota. Obtiene insospechadas cosechas y sus indios explotan secretamente la

plata en algún rincón encubierto. Su generosidad se desborda como la producción ubérrima de sus tierras. Sus

donaciones llegan a cada grupo indígena, y da dinero a las capillas y con ellas a dos hospitales que habríanse levantado en Capinota y Challacollo.

Luego, antes de la fundación de la villa de San Felipe de Austria el encargado de advertencias, pide que indios de La Paz -acudan al dicho asiento de Oruro- ciento treinta para trabajar en iglesias y en el hospital. Es un dato asentado en un documento, como que en 1607, otro observador de la Corona dice que aquí hacen sus quehaceres diecinueve profesionales de leyes, -un médico, tres barberos y cirujanos-, pero no menciona ninguna casa para enfermos.

De esa manera nos percatamos que la naturaleza al descubrir sus riquezas consigue que el hombre se instale en las regiones prodigiosas, y que las descripciones escritas o platicadas permitan conservar la noticia que era presente en su tiempo y que llega al ahora como un suceso.

Hemos tomado como ejemplo el suceder de hospitales de antaño para afirmar que sin documentos pueden descompaginarse las crónicas, y entrar en la discrepancia. Muchas veces las

hipérboles interesadas quedan como desproporcionadas frases y no confirman los sucesos. Todo esto porque el mismo hombre que es el actor aprovecha los yacimientos que hay en los legajos, y adscribe a sus labores las prácticas de otros seres que le son necesarios, como los médicos con sus instalaciones inciertas. El hombre procede y la historia registra.

Alfonso Gamarra D.  
De la Academia Boliviana  
de la Lengua.

